

UN REGALO POR NAVIDAD

Había una vez, en una tierra muy, muy lejana, un pequeño pueblecito a los pies de una gran montaña. La montaña daba cobijo al pequeño pueblo y lo mantenía aislado del resto del mundo, con sus escarpadas y profundas laderas, hasta el punto de que apenas mantenía contacto con otros pueblos de la comarca.

Sin embargo era algo que no importaba demasiado a sus habitantes. Todas las familias que vivían en este pequeño pueblecito tenían todo lo necesario para tener una vida feliz. Su principal preocupación era cultivar el campo, cuidar del ganado y ocuparse del bienestar de sus hijos y seres queridos. El mundo exterior era algo ajeno que no despertaba grandes preocupaciones. Mientras los padres se ocupaban de sus faenas agrícolas, los niños acudían a la escuela donde aprendían a leer y escribir, y donde se encontraban con el resto de niños con los que compartían juegos y correrías.

En una de las casas del pueblo vivía una familia compuesta por un padre y sus cinco hijos, cuatro jóvenes muchachas y un niño que era el benjamín de la familia, Nicolás. El pequeño de la casa era el más querido y todos estaban pendientes de él. Desde que dio sus primeros pasos fue siempre muy inquieto y pronto se convirtió en el centro de todos los juegos de sus hermanas.

Todo era paz y tranquilidad en ese pequeño rincón del mundo, los inviernos se sucedían tras los agradables veranos. El calor del verano daba paso a un breve otoño y después la nieve era compañera de viaje del invierno. Así llevaba ocurriendo durante generaciones y generaciones.

Pero ese año no fue como el resto de los años. El verano había sido mucho más caluroso que de costumbre, y como para compensar los rigores veraniegos, el invierno había llegado con mucha más fuerza, y su fiel compañera, la nieve, cubría todo el valle con su manto blanco como no lo había hecho nunca hasta entonces. Cada familia tenía que permanecer en sus casas, sin apenas poder tener contacto con el resto de familias, y los niños ya no podían jugar con los otros niños porque la nieve era tan alta que casi llegaba a cubrir sus menudos cuerpos.

A Nicolás le gustaba mucho jugar con sus hermanas, y también era feliz cuando su padre le dedicaba un rato de esos en los que tenía que ocuparse de sus trabajos en el campo o con el ganado. Se reía mucho cada vez que su robusto padre el agarraba por la axilas para lanzarle hacia

las alturas y volver a cogerle cuando ya casi su sombra se pegaba a su propio cuerpo, a escasos palmos de suelo. Pero sin duda lo que más le gustaba a Nicolás de todas las cosas que podía hacer en este mundo era jugar con sus amigos, con los que se encontraba todos los días en la escuela. Con ellos podía jugar al escondite, a cazar ranas en las riberas del río que pasaba por su pueblo, a perseguir a las niñas hasta que conseguía hacerles gritar para que les dejara en paz, y a un montón de cosas más que descubrían cada día, porque cuando se juntaba con sus amigos, todo era posible.

Como ahora la nieve lo cubría todo y el frío era intenso, Nicolás no podía salir a jugar con sus amigos, su padre se lo había prohibido porque no quería que alguna de esas inocentes trastadas que les gustaba hacer pudiera tener consecuencias trágicas. Sobre todo nada de acercarse al río, que aunque con una gruesa capa de hielo, en algún momento podría ceder bajo los pies de estos revoltosos pequeñuelos.

Y así transcurrían los días en el pequeño pueblo, hasta que llegó un día un tanto especial: el solsticio de invierno llamaba a la puerta. A la puerta de la naturaleza y también a la puerta de casa de Nicolás. Para él era un día más en el calendario, sin embargo no sería un día del todo normal porque había decidido hacer algo diferente. Como ya no podía jugar con sus amigos de su aldea y estaba aburrido de estar siempre encerrado en casa, decidió ir a buscar nuevos amigos más allá de los límites de pueblo.

Aunque las altas montañas no permitían ver qué había más allá de sus nevados picos, y aunque la nieve hacía intransitable los caminos, Nicolás estaba seguro de que si cruzaba con cuidado el río helado y conseguir salir de los límites del valle donde había pasado toda su vida, encontraría nuevos amigos con los que poder jugar, que era, sin lugar a dudas, lo que más le gustaba hacer de todas las cosas que podía hacer en este mundo.

Así que sin pensárselo dos veces, se calzó unos zapatos muy raros que había visto usar a su padre cuando caminaba por la nieve, con forma de rejilla y que le permitían caminar sin hundirse. Como eran un poco grandes para él se las ingenió para atárselos a sus propios zapatos. Era muy temprano y sus hermanas todavía no se habían despertado, y su padre seguía sumido en un sueño profundo, lo que aprovechó el pequeño Nicolás para deslizarse sigiloso hacia los confines de su aldea...

El sol, testigo del discurrir del pequeño, acarició a través de las ventanas el rostro de padre y hermanas, que despertaron con su suave resplandor. Había un silencio extraño en la casa ¿Dónde está Nicolás? ¿Alguien lo ha visto? Después de recorrer todos los rincones, salieron a buscarlo a las casas de los vecinos. Nadie lo había visto. Sus amigos, con los que no había contacto desde hace mucho tiempo, tampoco sabían nada. Buscaron por las riberas del río, buscaron por todos los bosques de alrededor e incluso buscaron más allá de las escarpadas montañas que confinaban la aldea. Nicolás había desaparecido para siempre...

Y así, el invierno se retiró para dejar paso a la primavera, que anunció presta la llegada del verano. Y tras el suave verano, un suave otoño presentó de nuevo al invierno. Y de nuevo llegó el solsticio. Sin duda era un día triste para la familia de Nicolás, que recordaba con añoranza al más pequeño y travieso de la familia. Sin embargo, su padre no quería que ese recuerdo triste le acompañara el resto de su vida, porque el pequeño Nicolás siempre había sido siempre un niño muy alegre y quería de alguna forma que esa alegría se mantuviera en sus hermanas, así que se le ocurrió una idea. Para mitigar la tristeza que sus cuatro hijas fabricó con sus propias manos cuatro juguetes, uno para cada una de sus hijas, y los colocó junto a sus lechos durante la noche.

Cuando las cuatro hermanas despertaron, descubrieron los juguetes y se sorprendieron mucho porque no entendían muy bien cómo habían llegado hasta ahí, así que fueron corriendo hasta donde estaba su padre y le preguntaron cómo era posible que esos juguetes estuvieran allí. Su padre les respondió: “Vuestro hermano Nicolás no se fue para siempre. Ha vuelto esta noche a dejaros estos juguetes para que no estéis tristes y os acordéis de él durante todo el año. Además también me ha dicho que os promete que volverá a traeros más juguetes... en el próximo solsticio...”